


## VII.

De como el Señorito entró á la casa de D<sup>a</sup> Inés, y de lo que allí concertó con ella.

 O faltó D<sup>a</sup> Inés á su promesa, y D. Guillen recibió de sus manos una plancha de cera en la que la dama habia estampado la figura de la llave, que necesitaba el Señorito para entrar á la casa.

Aquella llave no era por cierto de una forma muy particular, y en aquel mismo dia, sin necesidad de mandar hacer una á propósito, D. Guillen encontró entre los muchos truhanes con quienes cultivaba buenas relaciones, una ganzúa á propósito.

En la noche la entregó á D<sup>a</sup> Inés, y como ni el uno ni la otra querian perder el tiempo, acordaron verse en la misma noche, para lo cual D<sup>a</sup> Inés abriria la puerta á las doce y el galan llegaria á la misma hora.

En aquella primera cita pensaba D. Guillen acabar de ganarse la confianza de la dama y averiguar por medio de ella indirectamente cuál era la situacion de la casa en el interior, cuál el número de los sirvientes; adónde dormian, y en fin, todo lo necesario para consumir su obra.

D<sup>a</sup> Inés, por su parte, tenia ya deseos de una aventura amorosa: desde su vuelta de España habia visto pasar sus años entregada solo á los dulces recuerdos de su vida en Madrid y mirando llegar la vejez, que debia apartarla para siempre de los placeres.

Por eso con tanta facilidad acojió los amores de D. Guillen. Las mujeres que corren el último período de la juventud, y sobre todo, cuando han sido muy galanteadas en la primavera de su vida, son como el hombre á quien arrebatan las aguas de un rio; se aferran á la primera mano que se les tiende, con tanta avidéz como gratitud. En ese estado las mujeres aman con todas las fuerzas de su alma; porque piensan que es el último amor de su vida, se entregan completamente á él y no quieren perder ni un instante en el tiempo, ni un pensamiento en la pasion.

Esto era lo que sucedia á D<sup>a</sup> Inés, y por eso se habia apasionado del Señorito, no realmente porque este lo mereciese, sino porque lo mismo habria hecho ella con cualquiera otro que la hubiera declarado sus amorosos deseos.

Es casi seguro que las mujeres cuando no son casadas pasan por dos épocas en las que sienten una irresistible necesidad de amor; en los dos crepúsculos de la juventud, al comenzar y al terminar esa feliz edad.

Una niña que comienza á ser jóven, y una jóven que comienza á ser vieja, ven amor, ilusion y deseo en cuantos hombres encuentran, con tal que los consideren capaces de amar.

Por eso vemos jovencitas que se apasionan de hombres que pudieran ser sus padres y jamonas enamoradas de adolescentes que pueden ser sus hijos.



D<sup>a</sup> Inés esperaba la media noche con una inquietud como la que sintió en su primer amor.

El marqués de Rio-florido se encerró en su aposento: toda la servidumbre dormía tranquila: la casa estaba en el mayor silencio y en la mas completa oscuridad; solo D<sup>a</sup> Inés velaba en su aposento mirando con impaciencia las agujas del reloj.

Las aguas del canal que cruzaba á la espalda de la casa de D<sup>a</sup> Inés se deslizaban tranquilas y mansas en la oscuridad, sin producir el mas lijero murmullo: en las márgenes de aquel canal no se veía ni una luz, todo estaba perfectamente tranquilo.

De repente un rumor apenas perceptible se sintió en las aguas y como una fantasma negra apareció en el canal una de esas canoas pequeñas que los indíjenas llaman *chalupas*.

Dos hombres iban dentro de ella; los dos de pié: era el uno un remero, vestido con un ancho calzon y una camisa blanca, y con un pequeño sombrero de palma: el otro era un hombre embozado en una capa negra y con un ancho sombrero negro tambien.

Los dos parecían muy acostumbrados á navegar en *chalupa*, porque conservaban con extraordinaria facilidad el equilibrio en aquella peligrosa embarcacion en que hay tanta facilidad de perderlo.

La chalupa seguía la marcha de la corriente, y el remero no tenía mas que hacerle conservar la buena direccion introduciendo de cuando en cuando al agua la pala que le servía de remo, sin producir el mas leve rumor.

Aquella canoa misteriosa tenía algo de fantástico; de seguro que si algun vecino hubiera estado en su ventana y ya hubiera visto pasar, se habría retirado inmediatamente haciendo la señal de la cruz y teniendo la convicción de que había visto una *alma en pena*.

Daban las doce de la noche, y el eco lejano y triste de la campana del reloj de palacio, venía como un jemido deslizándose sobre los techos de la dormida ciudad.

—Aquí—dijo el embozado de la chalupa.

El remero imprimió un movimiento de costado á la pequeña embarcacion que obedeció lijera, y como una abeja que se clava rápidamente en el cáliz de una rosa la chalupa llegó hasta el pié de una pequeña escalinata que había delante de una ancha y vieja puerta.

En aquel mismo instante se escuchó el ruido de una llave que jugaba con precaucion dentro de la chapa de aquella puerta.

El embozado saltó lijeramente de la chalupa y subió los tres escalones que le separaban de la puerta, á tiempo que esta se abría.

—D. Guillen—dijo una voz de mujer.

—¡Amor mio!—contestó el hombre.

D. Guillen entró y la puerta volvió á cerrarse; el remero saltó á tierra, sacó del agua la pequeña canoa, la puso cuidadosamente en la rivera, y seguro como estaba de que nadie vendría á molestarle porque por allí nadie podía pasar, se acostó tranquilamente dentro de ella, se cubrió el rostro con el sombrero y comenzó á dormir.

D. Guillen había entrado á uno de esos grandes patios que hasta hoy día vemos en las márgenes de ese canal.

Elevadas tapias lo rodeaban; en uno de los lados había



un gran depósito de leña; espuesto á la intemperie; en el otro un gran portal, debajo del cual se colocaba carbon, paja ó cualquiera otra cosa que pretendia tenerse á cubierto.

Estos patios eran y aun son una especie de puertos de depósito particulares.

El piso estaba lleno de fango, y en algunas partes de agua en la que cantaban alegremente los sapos y las ranas.

D<sup>a</sup> Inés condujo cuidadosamente á D. Guillen hasta debajo del cobertizo, y se sentó á su lado sobre unas grandes planchas de madera que estaban allí depositadas.

—Por fin, Inés mia—dijo D. Guillen—puedo verte á mi lado, y libre de testigos importunos estrecharte feliz entre mis brazos y decirte que te amo.

—Sí, Guillen, ya estoy á tu lado; ya no puedes dudar de mi amor, ya no puedes echarme en cara que otros en España han sido mas felices que tú.

—Perdóname, mi vida, pero tenia celos del pasado.

—¡Celos! ay, Guillen, todo eso que fué se ha perdido ya hasta en mi memoria, ¿cómo amándote á tí podia recordarlo?

—No, Inés, no temia que tú lo recordaras, sentia en mi corazon celos, envidia, porque creia que á otros habias amado mas que á mí; que á otros habias concedido mas favor.

—Nadie ha sido dueño de mi corazon como tú, nadie como tú ha dominado mi alma.

—¿Es verdad?

—Te lo juro.

—Es decir que á nadie has amado en el mundo?

—Guillen á tí no te quiero engañar, para tí no quiero tener secretos, y por eso voy á confesarte la verdad; he ama-

do á otro hombre antes que á tí: le amé con delirio, pero él me engañó, no supo corresponder á mi pasion, y aquel amor se trocó en odio, y juré vengarme, y me vengué, Guillen, me vengué.....

—¿Y quién era ese hombre?—preguntó D. Guillen fingiendo que aquella revelacion le conmovia—¿su nombre será para mi un secreto, Laura?

—Para tí no tengo, no quiero tener secretos, ese hombre se llama D. Fernando de Valenzuela.

—¡Valenzuela!—esclamó entonces verdaderamente admirado el Señorito—¿Valenzuela, el amante ó favorito de la reina?

—El mismo.

—¿Ese que ahora está desterrado en Filipinas?

—Sí.

—¿Ese en cuyo favor conspiran aquí.....

—¿Conspiran?—esclamó D<sup>a</sup> Inés irguiéndose violentamente.

—Es decir, cuentan que conspiran—contestó D. Guillen conociendo que habia cometido una lijereza imperdonable tratando de disimular.

Pero D<sup>a</sup> Inés tenia una admirable penetracion, y no se le escapó que su amante se habia turbado.

Una idea luminosa habia cruzado por su cerebro, y con su fácil y rápida concepcion, calculó inmediatamente que en Méjico habia una conspiracion en favor de Valenzuela; que esta conspiracion debia estar fomentada y protegida por la reina madre: que descubrirla seria un gran servicio hecho á Carlos II y que tal vez esto la volveria á abrir las puertas de la corte.

En aquel momento su dormida ambicion y sus sueños



de poder volvieron á presentarse ante sus ojos, y D. Guillen le pareció el primer instrumento de aquella nueva obra.

Tan pronto concibió la dama esta idea, como empezó á poner en ejecucion aquel proyecto aun no desarrollado.

—Guillen—dijo con dulzura—tú me engañas en este momento.

—¿Por qué, bien mio?

—Porque tú estás mezclado en esa conspiracion, tú estás en un peligro, en un peligro muy grande, y yo no quiero que te vaya á suceder algo: ¿qué seria de mí?

Y D<sup>a</sup> Inés comenzó á llorar amargamente.

Aquella escena de falso amor, entre dos seres tan corrompidos, era una cosa que indignaba; cada uno de ellos desde aquel momento no pensaba ya sino en hacer del otro un instrumento y cada uno se creia engañador siendo engañado.

—Cálmate, bien mio—decia D. Guillen acariciando á D<sup>a</sup> Inés—cálmate; yo te juro que ningun peligro me amenaza.

—Eso lo dices por consolarme: ¿cómo podré vivir tranquila?

—Te aseguro que no te digo mas que la verdad.

—Pues cuéntame qué parte tienes en todo eso de la conspiracion—dijo la dama tomando graciosamente el aire caprichoso de una niña mimada y acariciando coquetamente á D. Guillen—cuéntamelo, mi dueño, no tengas secretos para mí, como yo para tí no tengo.

—Pues es nada, mira: hay aquí una gran conspiracion para alzarse con el reino y traer de virey ó no sé de qué á D. Fernando de Valenzuela.

—¿Y quiénes dirijen esa conspiracion?

—No los conozco bien; si apenas hoy me hablaron de ella.

—¿Y tú estás comprometido?

—Te aseguro que no.

—Bendito sea Dios! nada tendré que temer por tu vida; pero óyeme, Guillen, si tú lograras sorprender sus secretos, y contármelos, te aseguro que serias noble, rico, poderoso.

Dijo esto D<sup>a</sup> Inés con tal entonacion, que el Señorito la miró asombrado.

—Sí—repitió Laura—noble, rico, poderoso.

—¿Y cómo? preguntó D. Guillen con interés.

—Eso corre de mi cuenta; con esos secretos yo te respondo de todo.

D. Guillen reflexionó.

Esta era una veta en la que él no habia pensado: ¿cumpliria D<sup>a</sup> Inés? En todo caso él nada esponia, y esto no era obstáculo para llevar adelante el concertado robo del marqués, porque aún verificado el robo, él no perdía la confianza de la dama y quedaba en pié el recurso de que ella le hablaba.

Pero quiso llevar su engaño hasta el extremo, y darle el carácter de servicio amoroso y no de complicidad á todo aquello.

—Alma mia—le contestó—para probarte cuanto te amo, me iniciaré en todos los secretos de esa conspiracion, y todos los sabrás.

—Y tú, Guillen mio, verás como mi amor sabe hacer de esos secretos un tesoro para ofrecerlo á tus piés; á mí ¿qué me importan los disturbios del reino? pero yo he vivido en la corte, yo conozco sus misterios, yo sé cuánto vale un servicio semejante, y quiero, dueño mio, que ese servicio sea el primer escalon de tu fortuna, y sea yo quien pone ese escalon para mi amor.



—Inés ¡eres un ángel!

—Y tú, Guillen, eres mi Dios.

Los dos amantes se unieron con efusión en un estrecho abrazo.

—Mi amor—dijo Inés—el tiempo ha pasado rápido, la mañana se acerca, y mi padre se levanta á la madrugada; vete; no por una imprudencia perdamos nuestra felicidad.

—Tan pronto?

—Es preciso; tener prudencia.

—Dices bien! me voy: adios, luz de mi corazón—¿puedo venir mañana?

—Sí, ven.

—Adios.

D<sup>a</sup> Inés acompañó á D. Guillen hasta la puerta, cerró inmediatamente y se retiró á su aposento.

El Señorito despertó al remero que dormía, volvieron á botar su chalupa al agua, saltaron en ella y se alejaron.

—Quizá sea esto el principio de mi fortuna—pensaba D. Guillen—de lo otro nada se adelantó, pero veremos mañana: no se ganó Zamora en una hora.

La dama se habia encerrado en su recámara, y no pensaba siquiera en dormir. Como por encanto, habian vuelto á reaparecer ante sus ojos todos los cuadros que en un tiempo habian formado sus mas gratas ilusiones.

Descubrir una gran conspiracion próxima á estallar, salvar al rey uno de sus mas ricos dominios, hacer á su monarquía servicio de tal importancia, era volver á la gracia de Carlos II, era figurar nuevamente en la corte, era revivir, rejuvenecer.

Y en todo esto, la venganza completamente satisfecha, el golpe de gracia á la reina y á Valenzuela.

¿Y el de Albulquerque que la habia abandonado?

Aquella empresa tenia para el fogoso corazón de D<sup>a</sup> Inés mil alicientes.

—El porvenir me abre sus puertas—pensaba D. Guillen—será mi ángel salvador, y yo le haré poderoso. En España reina un hombre, no una mujer: ese hombre ha sido mi amante, yo quiero ser para él lo que fuí en un tiempo, y lo seré aunque nos separe el océano, porque haré llegar mi nombre hasta su trono. ¿Por qué no he de ser para Carlos II lo que Valenzuela para D<sup>a</sup> María Ana? ya lo veremos.



Aquel era el primer día que Marta estaba en la casa, y D. Guillen se la encontró al subir la escalera.

—Necesito hablaros—dijo la jóven cuando el Señorito pasó á su lado.

—Mañana al medio día en mi casa—contestó el Señorito sin volver siquiera la cabeza.

Aquella noche la tertulia estuvo como siempre, fria. Desanimadas conversaciones, sábiamente insulsas, entre el inquisidor y el mercedario; alabanzas de algunos santos milagrosos por la beata; miradas incendiarias y de intelijencia entre los amantes; frases de doble sentido que ellos solos comprendian.

Sonó la hora y cada cual á su casa.

D<sup>a</sup> Inés esperó á D. Guillen como de costumbre á la hora en que salia.

—No vengas esta noche—le dijo.

—¿Por qué?—preguntó el jóven.

—Porque hay alarma en la ciudad y temo que te suceda algo.

—No importa.

—Yo te lo ruego; no vengas; mañana nos veremos.

—Como tú lo mandes.

—¿Has avanzado algo en lo de la conspiracion?

—Nada.

—Pues procura mañana traerme buenas noticias.

—Las tendrás; adios, mi vida.

—Adios, mi dueño.

D. Guillen salió y en la escalera encontró á Marta.

—No dejes de esperarme—le dijo la muchacha—importa mucho lo que tengo que deciros.

—¿De qué se trata?

## VIII.

Como la Apizpica dijo á D. Guillen lo que contra él tramaba la canalla.

MARTA la Apizpica, habia obedecido ciegamente á D. Guillen y estaba al servicio de D<sup>a</sup> Inés.

El aspecto simpático de la muchacha, el aire de inocencia que tan bien sabia tomar y el aseo con que iba vestida, interesaron vivamente á D<sup>a</sup> Inés, y la admitió en su casa.

En esto hubo mucho de fortuna para la Apizpica, pero fortuna que nada tenia de estraña, supuestas las perversas intenciones que abrigaba, porque realmente sucede en el mundo que el hombre que procura entrar al servicio de alguna persona, si no lleva mas objeto que el de ganar honradamente su pan, encuentra mil y mil tropiezos, al paso que el que con torcidas miras pretende lo mismo, halla todo á medida de su deseo.

La noche que siguió á la primera cita de D. Guillen y D<sup>a</sup> Inés, el jóven entró como de costumbre á la tertulia del marqués de Rio-florido.



—Es negocio largo, esperadme mañana.

El Señorito bajó pensando:

—¿Qué misterio será este?

Habian pasado dos horas de esto cuando la puerta de la casa del marqués, que caía al canal, se abrió y apareció en el dintel una mujer enteramente cubierta.

Dos hombres en una canoa esperaban afuera.

—Luis—dijo la tapada.

—Aquí estoy—dijo uno de aquellos hombres.

—Vamos.

La tapada cerró por fuera y con llave la puerta, se entró á la canoa y los hombres comenzaron á remar en direccion al palacio.

-----  
Al dia siguiente hubo en México lo que en aquellos tiempos se podia llamar una gran novedad.

Las noticias de los piratas eran muy poco satisfactorias; se habian apoderado de Veracruz la Nueva, y se referia en México que traian un fabuloso número de tropas de desembarco.

El nombre de Lorencillo andaba de boca en boca, y el virey y la audiencia estaban verdaderamente alarmados.

En consecuencia de esto, habíase llevado á *puro y debido efecto* la provision del virey, y todos los varones de quince á sesenta años se habian acuartelado para armarse, formándose rejimientos de españoles, de mulatos, de indios y de negros.

Porque en aquel tiempo la distincion de las castas era una cosa muy importante.

Casi no se tenia idea de la igualdad, á pesar de lo mucho que se finjia seguir las doctrinas del Evangelio.

Los hombres eran clasificados para todo, como animales, por la raza, y estas clasificaciones eran verdaderamente ridículas.

Habia *españoles europeos*; los nacidos en España. Estos se llamaban *gachupines*.

*Españoles americanos*, esto es, los hijos de españoles. Estos eran los *criollos*.

*Indios*, á quienes llamaban los españoles *macuaches*, *cuatro orejas*.

Y *negros* que ó eran esclavos ó *libres y mansos* ó *cimarrones*, que eran los que vivian sin ley en los montes.

Estas eran las razas consideradas como primitivas, y de aquí se formaban *las castas*. Decia una antigua clasificacion:

Español con india sale *mestizo*.

Mestizo con española sale *castizo*.

Castizo con española sale *español*.

Español con negra sale *mulato*.

Mulato con española sale *morisco*.

Morisco con española sale *salta-atrás*.

Salta-atrás con india sale *chino*.

Chino con mulata sale *lobo*.

Lobo con mulata sale *Gibaro*.

Gibaro con india sale *albarrazado*.

Albarrazado con negra sale *cambujo*.

Cambujo con india sale *sambaygo*.

Sambaygo con mulata sale *calpan-mulata*.

Calpan-mulata con sambaygo sale *tente-en-el-aire*.

Tente-en-el-aire con mulata sale *no-te-entiendo*.

No-te-entiendo con india sale *ahí-te-estás*.

Tal era la multitud de razas y de castas que habia en México, y que obligaba á los gobernantes, segun el espíritu de



aquellos tiempos, á dictar disposiciones diversas para cada una de ellas.

Por esto tambien se formaban los batallones por colores y por razas.

Todos los hombres de la ciudad de México estaban acuartelados como consecuencia de las circunstancias. Los que no querian prestar sus servicios se habian ocultado ó salido fuera de la ciudad, y resultó que hubo un dia en que no aparecieron en la calle mas que mujeres.

Aquello era una cosa divertida y curiosa.

Mujeres despachaban en las tiendas, mujeres compraban y vendian en los mercados, mujeres cargaban y conducian muebles y objetos que tenian que trasportarse de un punto á otro, mujeres remaban en las canoas, y se vieron algunas dirijiendo las mulas y bestias de carga ó de tiro.

En aquel dia cualquiera se hubiera creido encontrar en uno de esos fabulosos paises de amazonas que describen los viajeros de fantasía.

Marta aprovechó aquella oportunidad para salir de la casa del marqués de Rio-florido y dirijirse en busca del Señorito, á quien habia citado.

D. Guillen de Pereyra la esperaba con impaciencia.

—Por fin llegas—la dijo al verla entrar—¿qué se te ocurre con tanto misterio?

—Un negocio grande para vos.

—Cuéntame.

—Es historia: ayer antes de ir á la casa del marqués, por la mañana, quise despedirme del Camaleon, y seguro de encontrarle en la pulquería del Morisco, pasé por allí, y le ví; referíle que iba ya en camino para la casa adonde vos me enviábais; como estaba en el secreto, no dudé con-

tarle que queríais saber sus entradas y salidas, el número de criados y esclavos, y si habia ó no armas en la casa, y todo lo demas. El Camaleon me escuchó con paciencia, y luego comenzó á hablarme: “Que él me queria mucho, que yo debia ser su mujer, y mil cosas, como si yo estuviera para pasiones y esos cuentos.” Díjele á todo que sí, pero que ahora no teniamos dinero para ese casamiento, y que era preciso esperar hasta que vos nos le proporcionáseis. —No necesitamos de él—me contestó—yo quiero que ese golpe lo demos por nuestra cuenta; te voy á confiar un secreto. Entonces me hizo jurar que nada diria, por dos ó tres veces, y él me dijo el secreto; que consiste nada menos que en penetrar á la casa segun les dijisteis y mataros allí, y aprovecharse de todo.

—¿Es posible!—esclamó D. Guillen—y piensan que me dejaré matar como un corderillo! Diez como ellos no me tocarán un pelo, mientras que yo. . . .

—Pero os acordareis que segun el plan, debeis dejaros desarmar para que la dama no entre en sospechas.

—Es verdad.

—Y entonces. . . . decid si no será facil. . . .

—Como hay Dios que sí.

—Yo le juré que nada diria, pero ese juramento, aunque me cueste diez años de purgatorio, no lo cumplo.

—Haces bien. . . .

—Me dijo que yo debia abandonaros, porque vos sois la causa de que yo sea una mujer perdida, porque abusásteis de mi edad para arrancarme mi inocencia: ¿qué tonto! y para qué queria yo la inocencia? ¿para qué me servia? y luego que vos me dejásteis; como si yo fuera de esas mujeres que se contentan con pasar toda su vida con un hombre no mas:



vaya, así estoy mejor libre, sin tener compromiso con nadie; hoy con un amigo, mañana con otro, donde me vaya mejor, sin que ningun hombre, ni mi madre, me anden celando ni cuidando, porque soy niña recatada y fina.

La Apipizca lanzó una carcajada como si lo que habia dicho fuera una cosa muy graciosa.

El Señorito habia quedado meditabundo: la noticia de la muchacha parecia haberle impresionado profundamente.

—Y bien—esclamó la jóven despues de haberle contemplado un largo rato en silencio—¿qué hacemos? yo ya me comprometo dando el soplo, ya veremos cómo me libertais de esos que si lo descubren han de querer por lo menos matarme.

—No temas, bien se cuidarán ellos de tocarte, aun cuando lo supieran; pero no lo sabrán.

—Todo eso está muy bien, ¿pero qué pensais hacer?

—Eso lo meditaré; por ahora, tú no digas nada á nadie.

—Dios me libre.

—Y continúa en la casa del marqués con el mismo encargo; mañana á esta hora espero todas las noticias que te he pedido.

—¿Y no más?

—Nada mas.

—Entonces he concluido aquí mi negocio y me retiro, porque no suceda que me estrañen en la casa del marqués.

La Apipizca salió y se volvió á la casa de D<sup>a</sup> Inés.

Entretanto el Señorito se quedó meditando un medio de conseguir su objeto; es decir, el robo de las riquezas del marqués, jugando á sus aliados la misma burla que ellos le preparaban.

Era un duelo á muerte entre aquellos hombres: D. Gui-

llen tenia en su contra que no contaba con mas aliado que la Apipizca, pero en cambio conocia las intenciones de sus enemigos.

Ellos eran muchos, pero ignoraban que el Señorito estuviere prevenido.

El Señorito no podia ni buscar nuevos cómplices para deshacerse de los primeros, porque esto era dar publicidad al lance, ni llevar á efecto el pensamiento con los comprometidos, ni hacer resistencia en el acto de la ejecucion del plan.

Todo esto era descubrir sus proyectos, dejarlos sin objeto ó esponerse á que cualquiera de los cómplices le denunciara.

El Señorito estaba en una situacion verdaderamente comprometida y terrible.

Pero no era hombre de amilanarse por tan poco, y en todo caso, aun perdido el lance, le quedaba el de la conspiracion, del que D<sup>a</sup> Inés le habia prometido sacar muchas ventajas.

Decididamente la fortuna estaba de su lado.



razon de los acontecimientos de Veracruz. Se trabajaba en la secretaría del vireinato y en la audiencia como si fuera de dia.

Habian comenzado ya á salir tropas para la Veracruz, y los oidores D. Frutos Delgado y D. Martin de Solís habian conducido al camino las primeras columnas.

El marqués de la Laguna, virey de México, se habia convertido en un jeneral en jefe, y la ciudad en un campamento; pero habia tanta animacion y tantos preparativos marciales como si se estuviera en víspera de dar una gran batalla.

Sin embargo, todo aquello no era mas que aparato, y el mismo D. Frutos Delgado volvía aquella noche á dormir á la ciudad y en su casa; y estaba, en los momentos en que la dama llegó á palacio, hablando con el virey en su cámara cuando entró un empleado de la secretaría y dijo al marqués de la Laguna:

—Señor, una dama encubierta desea hablar á V. E.

—Sí—contestó el virey—será la misma que por medio de una esquila me ha pedido una audiencia para esta noche.

—Creo que ella debe ser.

—Que pase—contestó el virey.

—Me retiro—dijo el oidor poniéndose en pié.


—No, su señoría puede quedarse, que no creo que el asunto que á esa dama le obliga á venir sea tan reservado que no pueda oírle su señoría; y en todo caso, ella nos dirá si la presencia aquí de su señoría le impide hablar ó si el negocio que trae puede ser escuchado por su señoría.

D. Frutos iba á contestar, pero se abrió la puerta y la dama penetró en la estancia.

—Permítame V. E.—dijo despues de saludar—que me

## IX.

De quién era la dama misteriosa de la canoa y del objeto que la llevaba.

 A dama que misteriosamente cubierta salido habia de la casa del marqués de Rio-florido y embarcándose en una canoa, llegó hasta cerca de palacio; allí mandó á los remeros que se acercasen á la márjen derecha del canal, y salto á tierra

Uno de los hombres que la conducian quedó al cuidado de la embarcacion, y el otro, ajustándose el talabarte, siguió á la dama.

Atravesaron uno en pos de otro lijeramente el espacio que los separaba de la puerta del palacio y llamaron allí.

Como en aquellos dias habia en la ciudad tan gran movimiento y se habian levantado las milicias, entraban y salian del palacio tantas jentes que la puerta se abrió, y la dama, seguida siempre de su escudero, penetró en el interior, sin detenerse ni llamar la atencion.

La dama subió las escaleras y se dirijió á la secretaría del virey.

En la antesala habia una multitud de personas esperando, á pesar de ser una hora tan avanzada de la noche, en



descubra, porque no tengo razon de ocultarme ante la discrecion de V. E. y del señor oidor.

La dama se descubrió y el oidor y el virey pudieron ver á D<sup>a</sup> Inés de Medina, á quien conocian los dos con anticipacion.

—Tome asiento vuesa merced, señora—la dijo el virey cortesmente—y dígame ante todo si será obstáculo la presencia aquí del señor oidor para que diga el negocio que la trae aquí.

—No solo no es obstáculo—contestó D<sup>a</sup> Inés—sino que me será muy agradable que su señoría se entere tambien de ese negocio.

—Agradezco—contestó el oidor saludando.

—Hable vuesa merced, señora—dijo el virey.

—Sí, señor, que tengo poco tiempo de que disponer, y el de V. E. es muy limitado para sus grandes ocupaciones. Es el caso, señor, que á mi noticia ha llegado un asunto, que como importante á los intereses del rey nuestro señor (Q. D. G.), me veo en la necesidad de denunciar á V. E.

—Y de qué se trata?—preguntó el marqués.

—Trátase—dijo la dama—de una conspiracion.

El oidor fijó toda su atencion, y el virey palideció ligeramente.

—Una conspiracion!—dijo procurando dominar su emocion—¿y quién se atreverá á tanto en los reinos de S. M?

—Se trama, señor, una conspiracion—continuó la dama—una conspiracion para arrebatár á la corona de España uno de sus mas ricos dominios.

—Pero quiénes conspiran?

—Señor, y opuedo descubrir los secretos y los nombres

de esos malos vasallos, porque tengo modo de hacerlo, pero para esponerme á tanto riesgo, necesito saber si cuento con el apoyo de V. E.

—Por supuesto—contestó el virey mirando al oidor que le contemplaba con cierto aire de malicia.

—Pues eso me basta, señor, y que V. E. me reciba cada vez que desee hablarle.

—¿Y nada mas me dirá por hoy vuesa merced, señora?—dijo el virey.

—¿Y qué mas, señor, que noticiar á V. E. que hay en México una gran conspiracion y ofrecerle todas las pruebas? ¿acaso ya sabia esto V. E! porque en tal caso ya será inútil mi ofrecimiento, supuesto que entonces á esta hora estará ya deshecha.

Aquella respuesta de D<sup>a</sup> Inés, dada al virey delante del oidor, que le acechaba como un gato á un raton, fué un golpe que completamente le desconcertó.

—No, señora—dijo—nada sabia en verdad, y no quiero decir que era poco importante lo que comunicaba vuesa merced, sino que yo tenia deseos de saber mas.

—Y lo sabrá muy pronto V. E.

—Así lo espero.

—Por ahora, señor, me retiro, pero antes me atreveré á suplicar á V. E., que supuesto que nada sabia me dé un papel en que conste que yo he sido la que ha dado esta noticia á V. E. y lo que he prometido.

—Yo daré ese papel á vuesa merced.

—Deseara tenerlo ahora que el señor oidor puede poner en él su firma como testigo.

—Pero.....

—Ah! si V. E. ya lo sabia.....



El virey miró al oidor como con angustia, y luego rápidamente tomó un papel y una pluma; escribió y firmó.

—¿Le agrada á vuesa merced?—dijo mostrando lo escrito á D<sup>a</sup> Inés.

—Sí—contestó la dama— es siquiera la única recompensa que busco: ahora el señor oidor querrá firmar?

—Con mucho gusto—dijo el oidor alegremente, comprendiendo que habia caido el virey bajo su vijilancia.

D<sup>a</sup> Inés tomó el papel, y cuando vió que habia secado la tinta, lo dobló cuidadosamente, lo guardó y salió de la estancia.

El virey miró al oidor y el oidor al virey; en cada una de aquellas miradas podia leerse una pregunta.

—¿Qué pensará ahora el virey?—decia la del oidor.

—¿Qué pensará el oidor?—decia la del virey.

Los dos se contemplaron un largo rato, porque entre ellos habia una profunda enemistad: los dos se acechaban, y cada uno de ellos no esperaba sino la oportunidad de perder al otro, y todo esto en medio de las mas atentas consideraciones y muestras de respeto.

—¿Cree S. E.—dijo por fin D. Frutos—que aun no es llegado el momento de proceder contra el marqués de San Vicente?

El virey vaciló para contestar.

—Es indudable ya que se conspira en México—continuó el oidor—porque sin estar yo de acuerdo con esa dama, acababa de decir á V. E. poco mas ó menos lo mismo que ella le ha dicho, y tal noticia me ha hecho regresar á México esta tarde para dar parte á V. E.

—En efecto, la coincidencia es singular—contestó con una especie de desconfianza el virey.

—Pues aunque parezca singular á V. E.—dijo el oidor comprendiendo lo que daba á entender el virey—ninguna relacion tengo con esa dama, ni aun sabia que esta noche habia de venir.

—Es igual; pero aun suponiendo que tal conspiracion existe ¿qué tiene que ver en eso el marqués de San Vicente?

—Señor, ha llegado el momento de hablar con franqueza: entiendo que V. E. no quiera proceder á la prision de ese hombre misterioso, y yo en nombre de S. M. pido á V. E. que proceda contra él bajo mi responsabilidad y bajo la responsabilidad de toda la Audiencia.

—Es decir ¿lo exijís?

—Casi, señor virey, de lo contrario, nosotros protestaremos ante Su Majestad, salvándonos así de cualquier cargo que pudiera hacersenos, si esto tiene un mal resultado.

—¿Y si el marqués es inocente?

—En ese caso nada perderia por haber estado en prision unos dias.

—Pero seria para nosotros un enemigo terrible.

—Señor, cuando se cumple con un deber, nada importa la enemistad de algunas personas.

El virey meditó.

—Sea—dijo derepente—pues la Audiencia lo quiere. Daré la orden de prision contra el marqués.

El virey llamó á su secretario, le dijo algo en voz baja y poco despues le trajeron á firmar la orden que pedia la Audiencia.

—Tome su señoría esa orden—dijo el virey—y Dios quiera que este paso no sea de tristes consecuencias.



—Con esta orden la Audiencia responde de la tranquilidad del reino y del buen servicio de S. M.

D. Frutos se retiró triunfante llevándose la orden, y el virey quedó enteramente contrariado.

Hubiera querido proteger mas al marqués de San Vicente, que no era para él un personaje tan misterioso como para todos; pero le fué imposible. El virey estaba en una posicion delicada.

## X.

De como fué llevado á México el marqués de San Vicente, y de como fué conocido allí inmediatamente por una dama.

URIOSAS estaban las jentes esperando de un dia á otro la llegada del *Tapado*, como le llamaban ya todos al marqués de San Vicente, por tanto empeño que manifestaba para ocultar sus papeles.

Repentinamente se esparció la noticia de que el virey le habia mandado prender, y creció mas y mas con esto la curiosidad pública; no siendo bastante á distraerla las noticias que de Veracruz habian llegado.

Segun estas noticias, el pirata Lorencillo se habia llevado prisioneros á todos los habitantes de Veracruz, despues de haber saqueado á su gusto la ciudad; y exijia un crecido rescate para poner en libertad á sus cautivos.

Todos hablaban de esto, y concluian por preguntar:

—¿Cuándo llega el *Tapado*?

Pero el *Tapado* estaba ya cerca; en la misma noche que recibió D. Frutos Delgado la orden para su aprehension, despachó correos y encargó que se procediese inmediata-